

# ensoñaciones (re)veladoras. [sobre la exactitud enigmática de unas obras luminosamente sombrías

Fernando Castro Flórez

---

Para Italo Calvino, la *exactitud* quiere decir sobre todo tres cosas: un diseño de la obra bien definido y calculado, la evocación de imágenes nítidas, incisivas y memorables, y el lenguaje más preciso posible como léxico y en tanto que forma de expresión de los matices del pensamiento y la imaginación. Podemos pensar que la exactitud se relaciona, aunque parezca paradójico, con la indeterminación, pero también con esa convicción, mística, de que “el buen dios está en los detalles”. Comprender la exactitud acaso obligara a hablar del infinito y del cosmos, derivando hasta el delirio flaubertiano. Calvino indica que la exactitud es un juego de orden y desorden, una cristalización que puede estar determinada por lo que Piaget llama *orden del ruido*: “el universo -escribe en *Seis propuestas para el próximo milenio*- se deshace en una nube de calor, se precipita irremediamente en un torbellino de entropía, pero en el interior de ese proceso irreversible pueden darse zonas de orden, porciones de lo existente que tienden hacia una forma, puntos privilegiados desde los cuales parece percibirse un plan, una perspectiva”. En buena medida, la exactitud sitúa la profundidad en la superficie, hace visible la estructura, convierte la piel de la obra en un espejo enfrentado consigo mismo. Así, cuando intentamos llegar a la máxima exactitud, da la impresión de que lo que hace acto de presencia es el caos. Tenemos que afrontar el caos y asumir lo fortuito. Se trata de ir más allá de la matematización o de la consecución del equilibrio y aceptar lo casual, los accidentes o incluso propiciarlos para dotar a las obras del factor tiempo y alegorizar, de una forma poética, la vida. Ciertamente Gloria López y Mikha-ez sedimentan en sus respectivos imaginarios artísticos esa preocupación por una “exactitud” carente de rigidez en la que pueda sedimentarse el latido de la existencia, sea en plegamientos artificiosos, valga la paradoja, de la naturaleza o en la reflexión y refracción de la luz.

Todo lo que se puede transmitir en el intercambio simbólico es siempre algo que es tanto ausencia como presencia. Sirve para tener esa especie de alternancia fundamental que hace que, tras aparecer en un punto, desaparezca para reaparecer en otro: circula dejando tras de sí el signo de la ausencia en el lugar de donde proviene. La obra de arte se entiende como *función del velo*, instaurada como captura imaginaria y lugar del deseo, la relación con un más allá, fundamental en toda articulación de la relación simbólica: “se trata del descenso -indica Lacan en su seminario sobre “La función del velo”- al plano imaginario del ritmo ternario sujeto-objeto-más allá, fundamental en la relación simbólica. Dicho de otra manera, en la función del velo se trata de la proyección de la posición intermedia del objeto”. El sentido de la imaginación material, tal y como lo entendiera Gaston Bachelard, supone que los elementos confluyan para animar el espacio intangible y desencadenar la *acción imaginante*: “si la imagen presente no hace pensar en una imagen ausente, si una imagen ocasional no determina una provisión de imágenes aberrantes, una explosión de imágenes, no hay imaginación”. La dinámica de ausencia y presencia, la evocación y la apertura del cerco hermético, esto es, simbólico, obliga a liberar a la mirada de los condicionamientos que suponen los hábitos hereditarios. Gloria López y Mikha-ez (re)velan una enigmática pasión por la luz

que, como no podría ser de otro modo, (ex)pone que la oscuridad no miente. Cuando aluden a la *herida* acaso estén propiciando una “verdad de la sombra” que tiene algo de “epifanía” capaz de atravesar la frenética iluminación de un presente amnésico y obscuro. Estos dos artistas generan imágenes de inquietante serenidad, sin perder la conciencia del destino hermético de la estética contemporánea, esto es, asumiendo la encrucijada del nihilismo. Jünger señaló que la dificultad de definir el nihilismo estriba en que es imposible que el espíritu pueda alcanzar una representación de la Nada, aunque sabemos de él que supone una *reducción absoluta*, el movimiento hacia el punto cero: “el cruce de la línea, el paso al punto cero divide el espectáculo; indica el medio, pero no el final”.

Lo que se revela (particularmente, en la obra de arte), lo que hace que la visión se encienda, es la *belleza* (una palabra que parece, en la actualidad, anatematizada): “la belleza -advertía María Zambrano en *Claros del bosque*- es vida y visión, la vida de la visión”. Paradójicamente, es la misma belleza la que crea el *vacío*, pero bien entendido que ese vacío es plenitud, como experimentamos al contemplar los pliegues de un pétalo “iluminados” por Mikha-ez o las especulaciones ópticas de Gloria López. Puede que en el principio no fuera ni el verbo ni la luz, sino, como sugiere María Zambrano, la sombra: “Y, sin embargo, en el principio era la sombra, pues creemos, tal vez sin darnos cuenta que la sombra es la tierra y la tierra es lo permanente, lo que nunca puede faltarnos, salvo en el espanto. La luz es siempre intermitente; somos iluminados por ella, más nunca logramos vivir en ella sin extrañarnos. Hasta el sol, que siempre sabemos sobre nuestra cabeza, puede mostrarse o no. La sombra, la opaca y firme, resistente tierra, no nunca”. El *ánima* que refleja, lanza destellos o se proyecta desde las sutiles y “exactas” obras de Gloria López y Mikha-ez tiene algo de *pantalla* o *velo* que propicia la ensoñación. El sueño nos atrapa y nos lleva hasta el *abismo* de lo sublime-descomunal, de la ternura, del recuerdo deshilachado de la *matriz*. Hay en estas obras *honda* y *epidérmica* verdad que tiene algo de defensa de la *experiencia del sueño*, frente al prejuicio de que hay que “librarse de las apariencias”. Ciertamente, hay un nudo o estructura laberíntica que nos aparta de la clara visión de lo soñado, como el mismo Freud indicara, el ombligo de los sueños es *lo desconocido*, algo que está más allá de la reticulación del mundo intelectual, algo que resplandece y derrama luz en las obras de arte. A veces hay que resistir el impulso a *interpretar los sueños* porque en ese proceso, sencillamente, termina uno por destruirlos.